los peligros, pues miro en tí la venerada imágen de mi padre.

»—Hijo mio, muchos, en efecto, han de ser mis motivos de temor, contestó Príamo; pero sin duda que en medio del exceso de mis infortunios tiéndeme una divinidad protectora mano, pues me otorga un guia cuyo encuentro es para mí de tan feliz agüero.

»—Es cierto que los dioses te toman bajo su amparo, repuso Mercurio; pero háblame sin ambajes y dime: ¿llevas esos preciosos tesoros á nacion extranjera para salvar cuando ménos una parte de tus bienes ó quizas la caida del más ilustre entre los héroes, de tu hijo que era vuestro baluarte contra el esfuerzo enemigo, os ha impulsado á todos á abandonar los sagrados muros de Troya?

»—¿Quién eres, noble mancebo, preguntó Príamo á su vez, tú que así te expresas respecto de mi desventurado hijo?

»—Muchas veces, respondió Mercurio, ví al gran Héctor cubrirse de gloria en los campos de batalla, y sobre todo el dia aquel en que con la lanza en la mano arrolló á los Griegos hasta sus naves y sembró entre ellos el terror y la muerte. Espectador de sus hazañas le admiraba sin que pudiese combatirle, pues nos lo tenía prohibido nuestro jefe Aquiles. Á este héroe pertenezco; el mismo buque nos trajo á él y á mí á estas riberas. Nacido en Tessalia, fué mi padre el opulento Polyctor, inclinado como tú bajo el peso de los años; el séptimo de sus hijos soy, y entre todos me designó la suerte para seguir los pasos de Aquiles. Esta noche he dejado el campamento con objeto de espiar al enemigo, pues al asomar el dia asaltarán los Griegos vuestras murallas. La inaccion en que están los tiene irritados, y no es posible á nuestros reyes contener por más tiempo el impetuoso ardor de los soldados.

»—Pues perteneces á la hueste del héroe, dijo Príamo, descúbreme la verdad, yo te lo ruego, y díme si el cuerpo de mi hijo permanece aún en la playa ó lo ha entregado ya Aquiles á la voracidad de los perros.

»—Venerable anciano, los animales voraces de la tierra y del aire no han tocado en lo más mínimo al cuerpo de tu hijo, contestó el celeste mensajero, y hállase aún tendido ignominiosamente junto á la tienda de Aquiles. Doce dias cumplen hoy que aquel lugar ocupa respetado por los gusanos que hacen presa en las víctimas de Marte. Así que la aurora pinta con sus rayos el cielo, arrástralo Aquiles alrededor del sepulcro de su amigo, y á pesar de ferocidad tanta, el cadáver permanece bello, fresco como el rocío, é intacto. Han desaparecido las manchas de sangre; todas sus heridas, pues tenía muchas, se han cerrado, tal es la solicitud con que por él miran, aún despues de muerto, aquellos dioses que le amaron en vida.

»Estas palabras fueron suave bálsamo para el dolor del anciano Príamo.

»—Grandes beneficios se alcanzan, dijo, ofreciendo á los inmortales los tributos á que tienen derecho. Jamas mi hijo (¡ay! ¿es cierto que tuve un hijo?) olvidó en su palacio á los moradores del Olimpo, y por esto, aunque en el imperio de la muerte, conservan de él grata memoria. Recibe de mi mano, hijo mio, esta hermosa copa, y guíame, con el auxilio de los dioses, á la tienda del hijo de Peleo.

»—Sin duda quieres ¡oh anciano! poner á prueba mis pocos años, mas no he de aceptar tus dones sin saberlo Aquiles; témole y le respeto demasiado para hacer mio lo que le está destinado y exponerme á las consecuencias de tan atrevida accion. Esto no obstante, seré tu asíduo compañero lo mismo por tierra que por mar; te llevaría á ser preciso, hasta la famosa Argos, y no es de temer que nadie se atreva á dañarte con desprecio de tal guía.

»Y subiendo al carro empuñó la fusta y las riendas, inspiró vivo ardor á mulas y caballos, y en un instante llegaron á las torres y al foso que cerraban el campamento griego. Las guardias estaban aderezando la comida, pero Mercurio difundió el sueño por todos los párpados, y levantando trancas y abriendo puertas, condujo por entre las tiendas á Príamo y sus ricos presentes. Así llegaron junto á la de Aquiles, formada por varios troncos de pino; un juncal había proporcionado á sus soldados la techumbre; una fila de apretadas estacas cerraba el vasto recinto que le servía de patio, y una enorme viga, que había de ser movida por tres hombres cuando no lo era por el mismo Aquiles, aseguraba la puerta. El dios la abrió sin esfuerzo, y despues de introducir al venerable monarca, descendió del carro y le dijo:

»—Soy Hermes y te he servido de guía por disposicion del señor del cielo. Te dejo ahora y no te acompañaré á la presencia de Aquiles porque la majestad de los dioses no les permite proteger abiertamente á los mortales. Tú, sin temor, preséntate al héroe, abraza sus rodillas, y para conmover su corazon suplícale en nombre de un padre, de una madre y de un hijo tiernamente amado.

»Dicho esto desapareció.

»Entónces Príamo se apea, y dejando allí á Ideo para custodiar los dos carros, penetra en la tienda. Aquiles estaba allí, en medio de la estancia; en uno de los ángulos departían sentados sus numerosos camaradas; junto al héroe sólo había ocupados en servirle el valeroso Automedonte y Alcimio, descendiente de Ares. Aquiles acababa de comer; hallábase aún puesta la mesa, cuando Príamo entró sin ser visto y corrió á abrazar las rodillas del héroe y á coger y besar humildemente las terribles y homicidas manos que de tantos hijos le privaran. El reo de muerte que perseguido por las leyes huye de su tierra natal y llegando á ciudad extranjera penetra de pronto en un palacio en busca de asilo, no causa en los concurrentes más viva sorpresa que la producida por el noble Príamo: el hijo de Peleo no volvía en sí de su asombro; los espectadores quedaron mudos y mirándose unos á otros indecisos, hasta que el anciano, rompiendo por fin el silencio, dirigió al héroe estas palabras:

»—Aquiles, semejante á los dioses, acuérdate de tu padre que, cual yo cargado de años, llega á los confines de la muerte. Quizas en este mismo momento, asediado por poderosos vecinos, no tiene quien le asista y le socorra en el inminente peligro; pero sabe que vives, y abriendo el corazon á la esperanza y al contento cree cada dia verte llegar de Ilion. Yo tambien ¡infortunado cual ninguno! tuve hijos esforzados en esa ciudad que há tanto tiempo combates, y creo que ahora no me queda ni uno solo para consuelo de mi dolor. En número de cincuenta eran al llegar á estas riberas los Griegos, y casi todos han sido víctimas del insaciable Ares. El único que me restaba, el que podía vengar á sus hermanos y defender nuestras murallas, mi Héctor, ha sido inmolado por tí peleando por su patria. Por él he venido á tu tienda, para rescatar su cuerpo te traigo esos ricos dones. Teme y respeta á los dioses ¡oh Aquiles! ten de mí compasion en memoria de tu padre, y piensa que he tenido fuerzas para hacer lo que nadie en la tierra ha hecho: llevar á mis labios la mano del que mató á mi hijo.

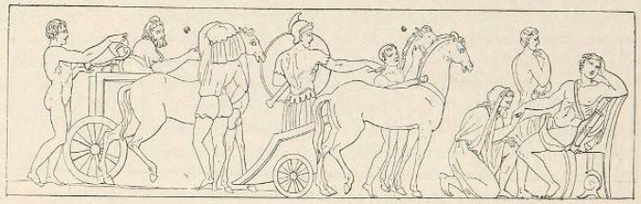

Fig. 651.—Príamo á los piés de Aquiles. (Bajo relieve antiguo. Museo Capitolino, en Roma).

»Estas palabras despiertan en el corazon de Aquiles doloroso recuerdo, y retirando la mano apartó blandamente al anciano. Uno y otro prorumpen en llanto; Príamo, prosternado á los piés del vencedor, lloraba al valeroso Héctor; el héroe derramaba lágrimas por su padre y tambien por el querido Patroclo. Llenaban sus sollozos el ámbito de la tienda, hasta que Aquiles, con el corazon más aliviado á fuerza de llorar, se puso en pié, tendió la mano al noble monarca, levantóle, y mirando con compasion sus venerables canas, le dijo:

»—Infortunado mortal, muchas penas has pasado. ¡Cómo! ¡Atravesar solo un campamento enemigo y presentarte al destructor de tu linaje! De bronce tienes el pecho ¡oh anciano! Descansa ahora en ese sitial, y por intenso que nuestro dolor sea sepamos encerrarlo dentro de nosotros, pues en vano nos entregaríamos á amargos lamentos. Voluntad es de los dioses que los dias de los miserables mortales sean un tejido de infortunios; sólo á ellos es dado gozar de perfecta ventura. Al pié del solio de Zeus vense dos urnas profundas: contiene la una nuestros males, la otra nuestros bienes; cuando el dios nos distribuye de ámbas es nuestra vida un compuesto de dicha y de desgracia; mas aquel que recibe su porcion únicamente en sombrías penas es entregado al insulto y al menosprecio; devoradores pesares le persiguen en la tierra, y sin cesar errante de un lado para otro es objeto de oprobio para los dioses y los hombres. Peleo vióse desde su nacimiento enriquecido con muy raros dones: superior á los nacidos por el brillo y los tesoros que rodearon su cuna, reina en Tessalia; aunque mortal, recibe de los dioses una divinidad por esposa; pero aún con todo eso quisieron que tambien él conociese la desgracia. En vez de mirarse rodeado en su palacio por numerosos herederos de su cetro, sólo cuenta un hijo destinado á morir en lo más florido de su edad; cuando la ancianidad de mi padre habría gran menester de mi apoyo, permanezco en esta ribera léjos de mi patria y amontono sobre tí y tus hijos las desdichas. Tú tambien ¡oh anciano! viste florecer tu imperio; afortunado poseedor de los preciados tesoros de Lesbos, de Frigia y del dilatado Helesponto, acreció tu gloria la numerosa prole en que te víste renacer; pero tanta felicidad ha sido turbada por el cielo, el cual ha desencadenado sobre Ilion los horrores de la guerra y hace caer cada dia á sus defensores al pié de sus muros. Y pues no hay mortal exento de males, sobrelleva ¡oh anciano! con valor tus penas y no alimentes en tu alma un dolor eterno. Inútiles son tus pesares y no evocarán á tu hijo de las sombrías riberas; más bien que eso has de estar siempre preparado para nuevas desgracias.

»—No quieras que me siente y descanse, repuso Príamo, miéntras Héctor esté tendido junto á tu tienda privado de sepultura. ¡Ah! devuélveme su cuerpo, consiente que mis ojos otra vez le vean. Acepta los preciosos dones que te traemos, y quiera el cielo que puedas gozar de ellos y regresar felizmente á tu patria.

»—Anciano, díjole el impetuoso Aquiles acompañando sus palabras con coléricas miradas, cesa de irri-

tarme. Antes de rogármelo tú, tenía yo resuelto entregarte el cuerpo de Héctor, dócil á la voz de mi madre, la hija de Nereo, la cual vino á prescribírmelo de parte de Zeus; y seguro estoy ¡oh Príamo! de que sólo un dios ha podido guiarte á mi campamento. Sin tal auxilio no habría mortal, por grandes que fuesen su vigor y audacia, que hubiese podido burlar la vigilancia de nuestros centinelas ni abierto con tanta facilidad la puerta de mi tienda. No excites, pues, por más tiempo mi dolor y enojo, ó teme que, suplicante y todo, te arroje de mi presencia y viole las órdenes divinas.

Asustado Príamo calló, y Aquiles, seguido de Automedonte y Alcimio, que desde la muerte de Patroclo son sus compañeros predilectos, corrió fuera de la tienda. Una vez allí desuncieron las mulas y los caballos, introdujeron en la estancia al heraldo, y descargaron del carro los dones destinados á pagar el rescate del muerto, no dejando en él sino dos ricos mantos y una fina túnica para cubrir el cadáver al ser llevado á la ciudad. Llamando á sus cautivas les manda Aquiles lavarlo y perfumarlo sin que Príamo lo viera, temeroso de que despertándose otra vez el dolor del padre á la vista de

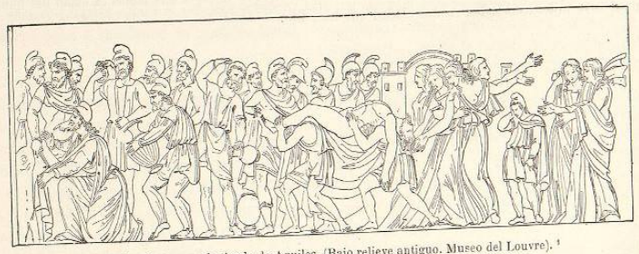

Fig. 652. — Príamo en la tienda de Aquiles. (Bajo relieve antiguo. Museo del Louvre).[1]

su hijo, se encendiera tambien de nuevo su furor é inmolase quizas al triste anciano con menosprecio de las leyes de Zeus. Hecho todo segun había dispuesto, Aquiles, ayudado por sus compañeros, coloca el cadáver en el brillante carro, y entre suspiros dirige estas palabras á la sombra de su amigo:

»—No te enojes ¡oh Patroclo! si en los infiernos sabes que he entregado el cuerpo del noble Héctor á su padre. Los dones que me hace no son indignos de nosotros, y fiel al deber santo entre todos me reservaré de ellos muy pequeña parte y consagraré todo lo demas á tus queridos manes.

»Volvió Aquiles á la tienda, y sentándose delante de Príamo, le dijo:

»—Anciano, quedan cumplidos tus deseos: el cuerpo de tu hijo tuyo es; al asomar la aurora puedes llevarlo á a ciudad. Piensa ahora en tomar algun alimento; hasta de Níobe se sabe que consintió al fin en cuidar de su existencia aunque hubiese perdido á la vez á sus doce hijos, seis varones y seis hembras en la florida juventud. Apolo inmoló á aquellos con su plateado arco; Diana mató á éstas con sus crueles dardos. La soberbia Níobe se había atrevido á compararse con Latona diciendo ser madre de numerosa prole al paso que la diosa sólo había tenido dos hijos; pero estos dos exterminaron á los hijos todos de la presuntuosa rival. Por espacio de nueve dias permanecieron tendidos entre charcos de sangre; no hubo ciudadano que quisiera sepultarlos, pues Zeus trocó en piedras los corazones de aquel pueblo. Por fin, movidos los dioses á piedad, les dieron sepultura, y Níobe, agotada la fuente de sus lágrimas, no se negó á sostener sus tristes dias. Y sin embargo, era su pena tan pro-

Fig. 653. — Un hijo de Níobe y su pedagogo. (Grupo antiguo).

funda que transformada en peña en el desierto monte de Sipylo, donde tienen sus antros las Náyades, que forman

[1] La figura de Aquiles ha desaparecido; el anciano rey está de rodillas y ofrece el rescate consistente en jarros llevados por sus servidores. Estos, lo mismo que él, llevan el gorro frigio. Más léjos el cuerpo de Héctor es llevado hacia la puerta de Scio, á donde salen á recibirlo algunas mujeres llorando. Andrómaca va á precipitarse sobre el cadáver, pero la detiene una camarera; á su lado está su hijo Astianax.

graves danzas en las márgenes del rio Acheloo, áun parece que llora su desgracia. Procuremos, pues, noble anciano, vencer nuestra afliccion; espacio tendrás y libertad para llorar á tu hijo cuando, despues de conducirlo á Ilion, le tributes las funerarias honras.

»Y levantándose al decir esto inmola una oveja de plateado vellon. Sus compañeros la desuellan, la destrozan y en largas picas acercan á las llamas las tajadas. Automedonte distribuye el pan, amontonado en delicadas cestas, y Aquiles sirve la sabrosa carne. Miéntras duró la comida Príamo, con los ojos fijos en Aquiles, no cesaba de admirar su noble continente y majestuosa estatura que le hacían semejante á los inmortales; á su vez el héroe miraba al hijo de Dárdano con igual sorpresa, y sentíase dominado por la venerable cuanto dulce expresion de su semblante y por los prudentes conceptos que de sus labios brotaban. Largo tiempo pasaron en mútua admiracion, hasta que el anciano dijo:

»—Permite que me retire, ilustre héroe, y que ceda por fin á los embates del sueño. Desde que mi hijo espiró al impulso de tu brazo no se han cerrado mis párpados, no habiendo cesado de sollozar y dar pábulo al dolor, tendido entre ceniza en medio del patio. Hoy que á ruego tuyo he tomado algun alimento y he acercado á mis labios la copa, será tambien la primera noche en que me abandone al descanso.

»Apénas hubo hablado mandó Aquiles á sus servidores y á sus cautivas que preparasen camas en el pórtico con pieles, purpúreos tapices y mantas de blanda y velluda lana, y dirigiéndose á Príamo, le dijo:

»—Noble anciano, en el pórtico hallarás dispuestas dos camas; aquí sería turbado tu reposo por los Griegos que áun durante la noche vienen á consultarme ó á recibir mis órdenes. Ademas, si alguno de ellos llegase á verte no dejaría de participarlo á Agamenon, nuestro caudillo, y de esto podría al rescate de tu hijo experimentar dilaciones. Contéstame, ¿cuántos dias te son menester para tributar al gran Héctor los últimos honores? Durante ellos suspenderé mis designios y contendré el ardor de mis tropas.

»—Si consientes en que se hagan tranquilamente los funerales del ilustre Héctor, contestó Príamo, te conservaré ¡oh Aquiles! gratitud eterna. No ignoras que encerrados como estamos en la ciudad nos separa gran distancia del monte y del bosque que han de proporcionarnos la leña. Nueve dias, si á ello no te opones, consagrarémos al llanto en nuestras casas; comenzarán los funerales llegado que sea el décimo, é invitarémos al pueblo al fúnebre banquete; el dia siguiente erigirán nuestras manos la pira, y despues volverémos al combate si la necesidad lo reclama.

»—Venerable Príamo, dijo el héroe, tus deseos quedarán cumplidos; ántes de este tiempo no he de permitir que se encienda otra vez el fuego de la guerra.

»Y al decir esto puso su mano en la de Príamo para inspirarle seguridad completa.

»Dioses y guerreros, vencidos por las dulzuras del sueño, estaban sumergidos en profundo reposo; pero no así Hermes, quien, apoyo constante de los hombres, preparaba los medios para conducir al rey Príamo á Ilion por entre el campamento sin ser divisado por las guardias de las puertas. Inclinado sobre la cabeza del monarca, que dormía con la mente agitada por afanosos cuidados, le dijo:

»—¿Cómo no piensas ¡oh anciano! en los peligros que te cercan? ¿Cómo, despues de haber tenido la rara suerte de ser respetado por Aquiles, te atreves á entregarte al sueño entre tus enemigos? El rescate de tu hijo muerto te ha costado crecido rescate; pero si Agamenon llega á sospechar tu venida y se enteran de ella los capitanes, yo te prometo que los hijos que te quedan se verán obligados, para rescatarte vivo, á entregar á los Griegos diez veces más de lo que tú has traido.

»Sobresaltado por tales palabras, despierta Príamo al heraldo. Hermes, que ha preparado ya los carros, los guia por el campamento y en pocos instantes salen de su recinto sin haber sido vistos ni oidos. Llegados que fueron á las hermosas orillas del Xanto, el dios se separó de ellos para volver al Olimpo.

»Derramaba ya la Aurora sus purpurinos rayos sobre la faz de la tierra cuando el rey y el heraldo emprendieron el camino hacia la ciudad entre lágrimas y sollozos. De todos los moradores de Ilion, la bella Casandra, desde elevada torre, fué la primera en ver á su padre de pié en el carro y al heraldo guiando el otro donde yacía el inanimado cuerpo. A semejante espectáculo lanza penetrantes voces y recorre la ciudad gritando:

»—Troyanos, si tantas veces recibísteis á Héctor con alborozo y fiesta cuando vigoroso y triunfante volvía de los combates, salid ahora en tropel á recibir el cadáver del héroe que fué la gloria de Ilion y de todo su pueblo.

»Al oirla, no hubo nadie, hombre ni mujer, que no abandonase su hogar, tal era el duelo en que estaban sumidos los ciudadanos todos. La muchedumbre salió silenciosa y precipitada por las puertas al encuentro del cadáver que llegaba ya junto á Ilion, y á su cabeza iban la amante esposa y la venerable madre del difunto. Una y otra se arrojan sobre el cuerpo, y mesándose los cabellos, con mil extremos de justo dolor le abrazan y besan, formando á su alrededor inmenso círculo un pueblo que se deshacía en llanto. Así habrían pasado todo el dia, llorando y lamentándose fuera de los muros, si el anciano Príamo desde su carro no les hubiese dicho:

»—Esposa, amigos, abrid paso á las mulas; así que lleguemos á palacio podréis dar á vuestro dolor suelta sin que nada lo estorbe.

»A la voz del rey separóse la multitud y los carros entraron en la ciudad. Llegados á palacio, colocaron el cadáver en soberbio lecho; rodeóle un coro cuyos lúgubres cantos iban seguidos de gemidos y lágrimas, y á ellos contestaban las mujeres con dolorosos lamentos.

»Andrómaca, en medio de ellas, da principio al duelo; estrechando contra su seno la cabeza de Héctor, dijo:

»—Esposo querido, abandonaste la tierra en la flor de tu vida, y, viuda desolada, quedo yo en tu palacio; nuestro hijo hállase aún en edad muy tierna y no llegará á la adolescencia, pues ántes se despeñará esta ciudad del pináculo de su grandeza. Tú, el más firme sosten de estos muros; tú, el defensor de las venerables matronas y de los pobres niños, ya no existes, y á poco serán llevados en las naves del vencedor á tierras extranjeras. Tú, hijo mio, me acompañarás en la servidumbre; mis ojos habrán de ver como un bárbaro dueño te sujeta á indigno trato y á rudos trabajos, esto si algun Griego enfurecido ¡horrible destino! no te precipita desde lo alto de una torre para vengar á un hermano, á un padre ó á un hijo cuya sangre derramara Héctor. Muchos, en efecto, han sido los enemigos por él derribados, pues tu padre era terrible en los combates; por esto llora hoy un pueblo entero. ¡Oh Héctor querido! si con tu muerte has sumido en profunda, inexplicable tristeza á tus padres, á mí sobre todo me has dejado entregada á sombrío dolor. ¡Ay! desde el lecho no has alargado á tu esposa una moribunda mano, ni le has dirigido alguna de aquellas palabras impregnadas de sabiduría y de amor. ¡Ah! grabadas tengo en mi corazon cuantas salieron de tus labios y no cesaré de repetirlas noche y dia.

»A esas lamentaciones suceden las de la afligida madre.

»—Héctor, hijo mio entre todos querido, dijo; amado por los dioses fuiste en vida, y objeto de su afecto eres aún despues de muerto. Aquiles, á cuantos hijos mios cayeron en sus manos, hízoles sentir la vergüenza de la esclavitud; vendiólos en las apartadas riberas de Samos, de Imbra ó de Lemnos feroz; pero á tí te arrancó la vida en noble combate. Bárbaro y cruel, arrastró tu cuerpo al rededor del sepulcro de aquel á quien derribó tu lanza, sin que, á pesar de tan inhumana accion, lograra evocarle del reino de los muertos; y sin embargo, no ha perdido tu cuerpo su apostura, y tendido en ese lecho diríase que acaban tus ojos de cerrarse al impulso de las más suaves flechas de Apolo.

»Calmados los dolorosos gritos en que prorumpieron los asistentes despues de esas palabras, tocóle su vez á Helena, la cual expresó en estos términos su tristeza profunda:

»—Héctor, hermano querido de mi esposo, pues el lazo del himeneo me une á Páris, quien, semejante á los dioses por su belleza, me ha conducido á Troya. ¡Feliz yo si ántes hubiese muerto! Veinte años hace que habito en este recinto y que dejé mi patria, y en todo este tiempo ¡oh Héctor! no he debido sufrir de tí ni una sola palabra dura ó arrogante; ántes bien, cuando alguno de mis hermanos ó de mis hermanas, ó Hécuba (Príamo ha sido siempre para mí padre amoroso) me echaban en rostro los males que por mí padecían, tú reprimías su enojo tanto con tus palabras como con el ejemplo de tu cariño y blandura. Por esto, abismada en la afliccion, no dejaré de llorar tu pérdida y mi propio infortunio; de hoy más no me resta amigo ni sosten en la inmensa Troya: todos sus moradores me miran con horror.

»Príamo interrumpe el llanto y los lamentos que á esas palabras siguieron, diciendo:

»—Troyanos, ya es tiempo de ir por la leña con que ha de formarse la pira. No temais emboscadas ni agresiones por parte de los Griegos, pues Aquiles, al salir de su tienda, me ha prometido no hacer armas contra nosotros hasta que haya asomado la duodécima aurora.

»Con carretas de bueyes y mulas salen los Troyanos de la ciudad, y por espacio de nueve dias se ocupan en despojar la selva de pinos y encinas destinadas á la fúnebre hoguera. Al anunciar la Aurora á los mortales el décimo dia fué sacado del palacio el cuerpo del denodado Héctor, y con suspiros y abundantes lágrimas colocado en su cúspide; en seguida prendieron fuego á la leña por los cuatro costados.

»Á la siguiente mañana, luego que matizaron los cielos las rosas matutinas, rodeó otra vez un pueblo inmenso la pira del ilustre Héctor; y luego que torrentes de vino hubieron apagado las llamas que se cebaban aún furiosas en los verdes troncos, hermanos y amigos de Héctor reunieron sus calcinados huesos derramando nuevas y abundantes lágrimas; colocáronlos en dorada urna, y envolviéndola en purpúreos velos de tela blanda y fina, se apresuraron á depositarla en profundo hoyo. Cubierto que fué éste con anchas baldosas, erigieron á toda prisa el sepulcro, y en tanto los centinelas no perdían de vista los movimientos de los Griegos, por miedo de que quisieran sorprender á los Troyanos ántes de haber cumplido con el sagrado deber. En seguida reunióse el pueblo en el magnífico alcázar de Príamo, quien les regaló espléndido con el fúnebre banquete.

»Estos fueron los honores postreros tributados por los Troyanos al denodado Héctor.» (Homero).

Aquí concluye el inmortal poema; las tradiciones que refieren lo que fué despues del héroe Aquiles y de la ciudad sitiada y de sus defensores constan recogidas por otros autores y en especial por Virgilio en el libro II de la *Eneida*.

Héctor, tanto como Aquiles, quizas más que Aquiles puede considerarse como el héroe de la homérica epopeya. Los poetas de la antigüedad ensalzan su denuedo, su excelente corazon, su fidelidad conyugal. Segun

Homero no tuvo de Andrómaca sino un hijo «al cual el héroe llamaba Escamandro, dice el poeta, y los Troyanos Astianax, por ser su padre el gran defensor de Ilion;»

Fig. 654. — Pentesilea ofrece su auxilio á Páris y Helena. (Camafeos antiguos).

otros autores suponen haber nacido de su enlace otro hijo, por nombre Anfineo ó Leodamas. Dábasele ademas un tercer hijo llamado Franco: de él pretendian descender los reyes Francos, y á esto ha de atribuirse la fama de que en la Edad Media gozó Héctor, contado entre los nueve pares, prototipos de valor y esfuerzo en la historia antigua y en los primeros siglos de la era moderna. Los moradores del Ida veneraban á Héctor como genio doméstico, y en tiempo de Pausanias se le ofrecían sacrificios. Un oráculo prescribió á los Tebanos ir en busca de su cuerpo y tributarle honores divinos; así se hizo, y Tébas se envanecía de poseer los restos del héroe é instituyó una fiesta en honra suya.

Espirada la tregua que para los funerales de Héctor concediera Aquiles, empeñáronse otra vez los combates con nuevo furor; la indignacion de los Troyanos por la gran pérdida sufrida, parecía comunicarles invencible ardimiento, y aunque no salían ya de la ciudad, resistían desde los muros con indomable fortaleza. En esto recibieron inesperado socorro; Pentesilea, reina de las Amazonas, llegó de las apartadas márgenes del Termodonte á la cabeza de un ejército en defensa de la causa de Troya. Al verla, el anciano Príamo pareció olvidar

Fig. 655. —Pentesilea y las Amazonas acuden en auxilio de Príamo. (Bajo relieve antiguo).

por un momento el profundo dolor que le causara la muerte sangrienta de sus hijos. «Acompaña á la heroína á su palacio y hácele cordial recibimiento, tanto como habría hecho á un hijo suyo despues de veinte años de ausencia. Dispuso que le sirviesen espléndida comida, y al colmarla de ricos presentes se los prometió aún mayo-

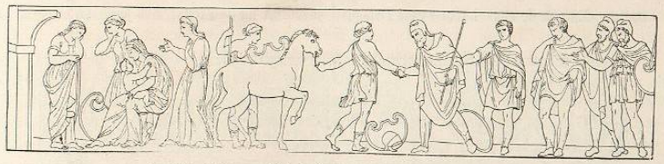

Fig. 656. — Príamo recibiendo á Pentesilea. (Bajo relieve antiguo). [1]

res si lograba su esfuerzo libertar á los sitiados Troyanos. Lo que no había mortal que pudiese realizar parécele á la heroína empresa fácil, y se compromete á triunfar de Aquiles, á poner en derrota á los batallones griegos y á reducir á pavesas su armada.» (Quinto de Esmirna).

Los evhemeristas que refirieron á su manera la guerra de Troya, como tantas otras tradiciones, decían que Héctor fué muerto por Aquiles en ocasion que marchaba al encuentro de Pentesilea. Sabedor el príncipe tessalio, dicen, de que el héroe troyano había salido de la ciudad con escaso número de gente, no quiso desperdiciar la ocasion, y presentándose á su paso á la cabeza

[1] Este bajo-relieve, que no forma más que uno con el anterior, representa la llegada de Pentesilea entre la familia de Príamo. En la izquierda, Andrómaca, sentada delante de Hécuba, tiene á Astianax en la falda; á su espalda están la nodriza y otra sirviente, y juntas lloran la reciente muerte de Héctor. Más léjos Príamo con la mitra frigia, presenta la mano á Pentesilea, la cual acaba de desmontar y sostiene aún las riendas del caballo. Varios Troyanos están llorando la muerte de Héctor, y de nuevo es representada Andrómaca teniendo esta vez una urna con las cenizas del héroe. El resto de la composicion formanlo Amazonas que se disponen para el combate.

de numerosas fuerzas, le atacó, y entre la confusion le dió muerte.

Más y más enardecidos los Troyanos con la presencia de la heroína y de su hueste, dejaron el amparo de

Fig. 657. — Pentesilea acaudilla á los Troyanos. (Pintura de un jarron).

los muros y otra vez se empeñaron en el llano san-

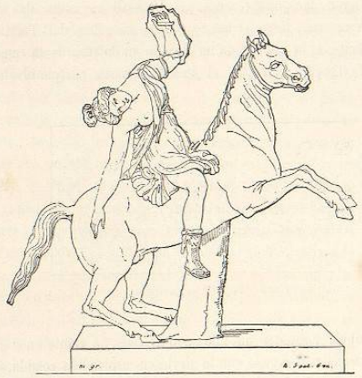

Fig. 658. — Pentesilea herida por Aquiles. (Estatua antigua).

grientas batallas. En una de ellas huían ya los Griegos por todos lados; Amazonas y Troyanos hacían en sus rotas filas horrible matanza cuando Aquiles y Ayax, oyendo el espantoso tumulto, corrieron al encuentro de Pentesilea, á la cual su marcial ardor había separado de sus compañeras. Arroja la Amazona sus dardos y toca sucesivamente á los dos héroes, pero no logra herirlos á causa del buen temple de sus armaduras. Entónces blande Aquiles su terrible lanza, y con ella hiere á la reina en el pecho. La belicosa Pentesilea vacila en su caballo y viene al suelo. «Aquiles, despues de retirar su lanza, levanta el cuerpo aún palpitante; desata el yelmo luciente como la tersura de los cielos ó los rayos del astro del dia. Ni el polvo ni la sangre habían manchado ni alterado las bellas facciones de la guerrera soberana, y á pesar de tener los ojos apagados, podíanse adivinar los encantos que comunicaron á aquel rostro deleitoso. Los Griegos que la rodeaban, admirados de tanta hermosura, creían estar viendo á una diosa; cubierta de sus armas y tendida en el suelo, asemejábase á la intrépida Diana cuando fatigada de haber corrido en pos de las fieras, goza á la sombra de agradable sueño. Á fin de excitar vivo pesar en el pecho del ven-

Fig. 659. — Aquiles levantando el cadáver de Pentesilea. (Bajo relieve antiguo).

cedor había Vénus conservado á Pentesilea, áun despues de muerta, las gracias que la hicieron en vida famosa, y Aquiles, en efecto, á la vista de tanta belleza, sintióse dominado de afliccion, maldijo su mano harto certera y abundantes lágrimas cayeron de sus ojos y se mezclaron con la sangre de la víctima.» (Quinto de Esmirna).

Pero el sarcástico Tersites, que allí se encontraba, hizo aquellas lágrimas objeto de sus burlas; ménos pa-

ciente Aquiles que Ulises en ocasion semejante y más iracundo, rompióle el cráneo de un puñetazo.

La muerte de ese desgraciado fué causa de violento altercado entre Aquiles y Diomedes, al cual unían con aquél lazos de parentesco; los príncipes pusieron paz entre ellos cuando, con gran peligro de la causa griega, iba á correr la sangre entre los soldados de ámbos héroes. Decíase que Diomedes logró que se negaran los honores de la sepultura á la hermosa Pentesilea, causa primera de la contienda.

Muerta la guerrera reina y desbandada su hueste perdieron los Troyanos toda esperanza de victoria y otra vez se mantenian encerrados dentro de las murallas sin atreverse á salir al campo. Hasta llegó á tratarse en la asamblea de si sería mejor abandonar la ciudad y refugiarse en tierra extranjera; pero el anciano Príamo comunicó algun aliento á los abatidos sitiados anunciándoles la próxima llegada del poderoso rey de los Etíopes, de Memnon, hijo de la Aurora. Llegó, en efecto, el héroe seguido, segun Dictys de Creta, de innumerable ejército de Etíopes é Indios y de una armada naval no ménos formidable, á las órdenes del almirante Falas. Otros autores reducen el refuerzo á veinte mil soldados, procedentes en cuanto á diez mil de Etiopia y de Asiria los restantes, y á doscientos carros. Segun algunas tradiciones Memnon, sobrino de Príamo, no era más que el general del rey asirio Teutames, á quien rendía Troya vasallaje, y muchos años despues mostrábanse aún vestigios de su marcha desde el rio Coaspe hasta la sitiada Ilion.

En su camino hubo de pelear con el pueblo de los Solimos, enemigos de Troya, y en premio de su victoria, regalóle su tio magnífico jarro de oro, legado de su padre Laomedonte. La presencia del nuevo aliado reanimó otra vez el decaido valor de los Troyanos, y con el antiguo denuedo se lanzaron contra el campamento enemigo. Sorprendidos los Griegos, que no esperaban la acometida, corrieron á las armas y trabóse reñida batalla. «Semejante Memnon á los destructores azotes que amenazan la existencia de los infortunados mortales, precipitóse contra las legiones griegas y dejó en sus filas sangrientas huellas de su furor. Con un dardo atravesó el pecho del esforzado Feron y mató con otro al valeroso Ereutho, guerreros que, siguiendo á Nestor, habían venido ámbos de su patria Trhium á las riberas del Alfeo. Dirige luego sus armas contra el mismo Nestor, y para contener su rabia vencedora, Antíloco, hijo del anciano rey, se le opone con su fuerte lanza; evita Memnon el golpe, que derriba junto á él á Pyrrasides, uno de sus más fieles Etíopes, y enfurecido por su pérdida acomete el hijo de Aurora al temido Antíloco. En vano éste se defendió arrojándole enorme piedra, que al dar en el robusto yelmo perdió toda su fuerza; su golpe irritó aún más al irresistible Memnon, y su lanza, al atravesar el corazon de Antíloco, causóle instantánea muerte.» (Quinto de Smirna).

La pérdida de Antíloco causó en la hueste sitiadora general consternacion; el anciano Nestor, deshecho en llanto y ayudado por algunos guerreros, colocó el cadáver en su carro para llevarlo á la playa y darle sepultura. Antíloco, que perdió la vida por defender la de su padre, lo cual granjeó á su memoria el renombre de *Philopator*, había sido el matador de Echépolos, el primer Troyano muerto á manos de un Griego. Autores hay que hacen morir á Antíloco á los golpes de Héctor, pero la primera tradicion es la adoptada por la generalidad de los poetas. Sus cenizas fueron depositadas en el sepulcro que guardaba las de Patroclo y que á poco había de encerrar las del divino Aquiles.

Siguiendo Memnon en su victoriosa acometida, medía sus fuerzas con Ayax, cuando Aquiles, que supo la muerte de Antíloco, muy querido por él desde que perdiera al hijo de Menecio, corrió furioso á su encuentro. Trabada la lucha, recibió el hijo de la Aurora una herida en el hombro; mas no por ello parecía próximo á declararse vencido, cuando, puestas en la balanza, dice Quinto de Esmirna, las almas de los dos héroes, decidióse el Hado en favor de Aquiles y al impulso de su lanza sucumbió Memnon.

Griegos y Troyanos celebraron treguas acaecida aquella muerte; al cadáver del príncipe etíope, llevado á Troya, tributáronsele magníficos funerales; colocado en la pira, fueron sus cenizas encerradas en preciosa urna y enviada ésta con gran pompa á su patria; en Pafos recibiólas su hermana, y contaba la fábula que su madre la Aurora invocó á los dioses para que honrasen á su malogrado hijo con singular y extraordinario prodigio [1]. La Paflagonia puso el nombre del héroe á uno de sus rios, en Asiria le erigieron templos, Susa le confirió los honores heróicos, y los Tebanos instituyeron en honra suya un sacrificio anual al propio tiempo que le dedicaron aquel célebre coloso de piedra que, al ser herido por los primeros rayos del sol, producía sonoras vibraciones como saludando á sus adoradores.

La muerte de Memnon había de ser la última hazaña del hijo de Peleo. A poco la belleza de Políxenes, hija de Príamo, rindió su albedrío, y llevado por irresistible afecto ofreció al soberano de Ilion abandonar la causa de los Griegos y salvar la capital de Frigia. Su proposicion fué aceptada, y el más esforzado entre los Griegos iba á convertirse en traidor; pero no consintieron los dioses tan negro atentado y en el templo de Apolo, donde, con el himeneo entre Polixenes y el hijo de Tétis, había de realizarse la alianza, perdió el último la vida. Páris, deseoso de tomar venganza del matador de Héctor, meditó su muerte, y oculto detras de la estatua del dios, y por él instruido acerca del punto donde había de herir, disparóle mortífera saeta que le atravesó el talon, única parte vulnerable de su cuerpo, y le dejó cadáver.

[1] Véase tomo I, pág. 109.

«—¡Oh Febo, siempre misericordioso para los grandes trabajos de Troya! dijo Eneas, en la entrada de la caverna de Cumas; tú dirigíste los dardos troyanos y la mano de Páris al cuerpo del nieto de Eaco.» (VIRGILIO).

Segun Dietys de Creta Deifobo ayudó á Páris en la desleal empresa: abrazó á Aquiles al pasar éste los umbrales del templo, y dió tiempo á su hermano para que con la espada hiriera en el talon al príncipe tessalio. Otra tradicion, contada por Higinio y Horacio, decía que el mismo Apolo, tomando las facciones y la figura de Páris, disparó al héroe la flecha homicida.

Ovidio refiere así el trágico suceso, enlazándolo con otro ocurrido al principio de la guerra.

«En el centro del universo, dice, entre la tierra, el mar y el cielo, límites de tres mundos, existe un lugar desde el cual se descubre cuanto pasa en todo el orbe, áun en las regiones más remotas, y donde se oye la voz de todos los mortales. Elévase allí el palacio de la Fama; construido en el más alto monte, tiene innumerables puertas y más de mil ventanas; no impiden el ingreso por aquellas aberturas llaves ni cerrojos, y permanece abierto noche y dia; sus paredes son de sonoro bronce, y en ella encuentran eco las menores palabras, los más leves sonidos. No reinan en su recinto la paz y el silencio; tampoco se oyen allí gritos, y sí únicamente un murmullo semejante al lejano rumor del mar ó al del trueno al extinguirse cuando arremolina Júpiter las sombrías nubes. Inconstante muchedumbre que va y viene sin cesar llena los pórticos, y entre ella circulan mil fábulas, con las que, unidas á verdades, fórmanse confusas y desfiguradas relaciones que unos propalan, que otros acogen y que otros, en fin, repiten á los más lejanos grupos. Residen allí la credulidad, el temerario error, el infundado gozo, el terror pánico, la sedicion instantánea y los falsos rumores. La diosa vé cuanto ocurre en el cielo, en el mar y en la tierra: el mundo entero está bajo su dominio.

»Por ella se había sabido la partida de la armada griega tripulada por intrépidos guerreros, y así fué que al presentarse ésta delante de Ilion no causó á los Troyanos la menor sorpresa y se limitaron á cerrar los puertos y á defender sus costas. El primero que por disposicion del Hado pereció á los golpes de Héctor fué Protesilao; aquel combate costó muy caro á los invasores, pues la muerte de un héroe descubrió á Héctor. Pero tambien los Troyanos experimentaron cuán terrible era el brazo de los Griegos, y su sangre corrió á torrentes: ya las riberas del Sigeo estaban cubiertas de cadáveres, ya el hijo de Neptuno, por nombre Cisne, había dado muerte á innumerables guerreros, y ya, montado en su carro, perseguía Aquiles á los Troyanos y arrollaba con su lanza á batallones enteros. Por entre el fragor de la pelea buscaba su esfuerzo á Cisne ó á Héctor, cuando á su paso se presentó el primero; al verle excita á sus blancos corceles, y arrojándole furioso dardo le grita:

»—Quien quiera que seas, jóven Troyano, consuélate pensando que mueres atravesado por el hierro de Aquiles.

»Pero el dardo, aunque lanzado con mano certera, pareció embotarse en el pecho de Cisne y le dió, pero no le hirió. Admirado Aquiles, oyó que el guerrero le decía:

»—Hijo de una diosa, ¿por qué te admiras de no haberme herido? No creas que sustenten mi valor poco ni mucho ese casco en que ondean las doradas crines de un caballo, ni este escudo que sostiene mi brazo; como adorno únicamente los llevo, ¡ya que tambien Marte se complace en usar armas semejantes. Aun cuando de ellas me despojase, no dejaría de ser invulnerable, pues gran cosa es haber nacido, no de una Nereida, sino de un dios que tiene bajo su imperio á Nereo, á sus hijas y á los vastos mares.

»Dijo, y arrojó al nieto de Eaco un venablo, que dando en el escudo, rompió el cobre y atravesó hasta nueve planchas de cuero deteniéndose en la décima. Arrancólo Aquiles y dirigió contra Cisne una segunda pica, que no le causó daño alguno; en punto que dejaba descubierto la armadura recibió el tercer dardo, y tampoco salió herido, lo cual puso furioso á Aquiles, como un toro del circo al embestir con sus terribles astas el paño de púrpura que su cólera ha excitado. Mira el héroe si habría quedado sin hierro su lanza, y al verle brillante y agudo cual siempre, dice:

»—Mucho se habrá debilitado mi brazo; á no ser así, no comprendo cómo nada puede su antiguo vigor contra un solo enemigo. Sin embargo, fuerte era cuando escalaba, yo el primero, los muros de Lirnessio, cuando inundaba á Tenedos y Tébas, gobernada por Eecion, con la sangre de sus moradores, cuando el Caico se llevó entre sus olas los cadáveres de cuantos poblaban sus márgenes, y cuando Telefos experimentó por dos veces los botes de mi terrible lanza. Y aquí mismo, esos muertos amontonados en la orilla testigos son de lo que ha podido mi brazo y de lo que puede todavía.

»Pero como si esas proezas no le inspirasen aún entera confianza, dirigió sus golpes contra el licio Menetes, y atravesóle con uno solo coraza y pecho. El infeliz espira golpeando con la frente el suelo, y al retirar Aquiles su arma todavía humeante, dice:

»—Contra Cisne la emplearé ahora; quiera el cielo comunicarle la misma eficacia.

»Y atacando de nuevo, dió con la lanza á su contrario en el hombro; aunque rechazada por el hierro y vibrante como si lo hubiese sido por muro ó impenetrable roca, vió Aquiles algunas gotas de sangre en el punto en que tocó el arma, y entregóse á falaz alborozo: su enemigo no estaba herido; era aquella la sangre de Menetes. Entónces el airado Aquiles saltó del carro y enarbolando su centellante espada precipitóse contra su enemigo, que impávido le esperaba. A los golpes del acero, vé Cisne romperse escudo y casco, pero el arma se embota al dar contra su cuerpo; fuera de sí el héroe tessalio, golpea con el puño de la espada el rostro y las sienes del hijo de Neptuno; retrocede éste, pero Aquiles le acosa, y redoblando sus golpes, no le da momento de respiro. Apodérase de Cisne el terror; sus ojos ya no ven, y tropezando en una piedra, cae de espaldas al suelo; sobre él se precipita Aquiles, y miéntras con la rodilla le oprime el pecho, apriétale más y más las correas del yelmo alrededor del cuello, perdiendo Cisne á la vez aliento y vida. Quiere entónces Aquiles despojar á su vencido adversario; pero sólo encuentra su armadura: el dios del mar habíale transformado en la blanca ave cuyo nombre llevaba.

»El monarca cuyo tridente domina las olas, lloró con paternal afecto el infortunio de su hijo, y su airado corazon guardó odio implacable contra el altivo Aquiles. Diez años hacía que la guerra duraba, cuando habló así al dios de Sminto:

»—¡Oh tú, á quien entre los hijos todos de mi hermano amo como á ninguno, tú que elevaste conmigo los vanos muros de Troya, ¿no te pesa ver que esas torres están próximas á venirse abajo? ¿No sientes lástima por tantos héroes como en su defensa han perecido? y para no mentarlos á todos ¿no te parece ver la sombra de Héctor arrastrado alrededor de las murallas de su patria? Y sin embargo, Aquiles, más cruel que la guerra, Aquiles, que ha destruido nuestra obra, vive aún. ¡Ah! si se atreviese á presentarse ante mí, no tardaría en conocer la fuerza de mi tridente: pero no siéndonos lícito combatir á ese enemigo de cerca, coge tu arco y atraviésale de pronto con invisible saeta.

»Apolo accede á ello, y contento por satisfacer su odio y el del dios á quien le unen lazos de parentesco, envuélvese en opaca nube y desciende al campo de batalla. Entre la matanza vé á Páris disparar su arco contra algunos Griegos oscuros, y acercándosele, le dice:

»—¿Por qué derramas así en vano una sangre vulgar? Si amas á los tuyos, dirige los tiros á Aquiles y venga á tus hermanos por él inmolados.

»Y al decir esto mostróle al hijo de Peleo acuchillando á los Troyanos; él mismo apuntó contra el héroe el arco de Páris y dirigió con certera mano la flecha fatal. Aquel fué el único gozo que, despues de la muerte de Héctor, experimentó el anciano Príamo. ¡Tú, Aquiles, vencedor de tantos héroes, vencido á tu vez por el cobarde raptor de Helena! De saber que habías de caer al impulso de afeminado brazo, sin duda que habrías preferido ser derribado por el hacha de una amazona. Ved al nieto de Eaco, al terror de los Frigios, á la gloria y al sosten de los Griegos, al héroe invencible en los combates, colocado en la fúnebre pira; el mismo dios que forjara su armadura le consume, y el ilustre guerrero no es más que un monton de ceniza: del grande Aquiles sólo queda una cosa sin nombre, que apénas basta á llenar la más modesta urna. Su gloria, empero, le sobrevive y llena el universo.» (OVIDIO).

Segun la *Odisea*, en la cual tampoco se menciona la proyectada traicion de Aquiles, su muerte ocurrió en el campo de batalla. Decía una tradicion que al caer pudo ser sostenido por Ayax, quien tuvo la gloria de llevar su cadáver al campamento griego. Poetas hay que atribuyen esta gloria á Ulises.

FIG. 660. — Aquiles sostenido por Ayax. (Camafeo antiguo).

«Aquiles, afortunado mortal, semejante á los dioses, díjole la sombra de Agamenon al encontrarle en la sombría morada, tú fuiste derribado léjos de nuestros hogares, al pié de los muros de Troya. Al rededor de tí perecieron los más esforzados hijos de Ilion y de Grecia luchando por tu robusto cuerpo, tendido noblemente entre torbellinos de polvo, sin respirar ya el ardor de los combates. Durante todo el dia nos disputamos los preciosos restos, é ignoro cuál habría sido el término de tanta matanza, si Zeus no hubiese separado á los combatientes por medio de deshecha tormenta. Recogido que fué tu cadáver de aquel campo de combate ¿quién podrá decir la pompa que desplegamos en tu sepultura? Colocámoste en medio de tu tienda en fúnebre lecho, despues de lavar tu cuerpo, que nada había perdido de su belleza, con agua caliente y odoríferas esencias; junto á tí deshácense los Griegos en llanto, y en honra tuya se despojan de su cabellera. A la noticia de tu muerte sale de las olas tu madre seguida de las inmortales Nereidas; óyense terribles alaridos en el vasto imperio de los mares, y temblorosos los Griegos se habrían precipitado hacia las naves si el sabio Nestor, instruido por los años y la experiencia, no hubiese elevado la voz para decirles:—Deteneos ¡oh Griegos! no huyais; es su madre que con las Nereidas sale del seno de las olas y viene á llorar sobre el cuerpo de su hijo.—Detiénense los magnánimos Griegos, y en seguida rodéante con lastimeros quejidos las hijas del viejo Nereo, y te adornan con divinas vestiduras, al tiempo que el coro de las nueve Musas, elevando sucesivamente sus armoniosas voces, entonaba funerarios cánticos. Movidos por el lúgubre concierto, por los penetrantes ayes, nuestros guerreros no podían contener las lágrimas, y por espacio de diez y siete dias con sus noches todo fué luto y desolacion entre los dioses lo mismo que entre los mortales. Por fin te colocamos en la pira alrededor de la cual hicimos correr la sangre

de numerosas víctimas. Las ovejas más gruesas, los toros más robustos fueron inmolados, y las llamas te consumieron con tus divinos vestidos y con arroyos de miel y de preciosas esencias. Los que combaten á pié y los que montan en carros, formando una legion de héroes, corren, cubiertos de sus armas, alrededor de la encendida hoguera, y consumido que fuíste por las llamas de Hefestos, reunimos, al despuntar la aurora, tus huesos calcinados. Regámoslos con vino puro y aceite perfumado, y los depositamos en la urna de oro, presente de Baco y obra del industrioso Hefestos, que tu madre nos presenta. Allí, ilustre héroe, descansan tus cenizas confundidas con las de tu amigo Patroclo, y tambien, aunque separadas, las de Antíloco, quien, acaecida la muerte del hijo de Menecio, fué tu compañero más querido. Nosotros, el invencible ejército griego, erigimos para guardar la urna alto y pomposo monumento en la elevada costa que domina el vasto Helesponto, monumento que las generaciones presentes y futuras distinguirán á gran distancia al atravesar sus ondas. Con permiso de los inmortales invitó tu madre á los más famosos caudillos de Grecia á soberbios juegos en inmensa liza preparados, y á pesar de haber asistido á repetidos funerales de renombrados héroes, en los que se distinguieron muchos guerreros en nobles combates, puedo decirte que nunca habían visto mis ojos aparato tan magnífico como el de los juegos con que honró Tétis tu fúnebre pompa. Así, pues, ¡oh Aquiles! lejos de haber borrado la muerte tu nombre de la memoria de los hombres, vivirá tu gloria perpetuamente en la tierra.» (Homero).

Aquiles fué sepultado en el cabo Sigeo, y allí su madre, acompañada por las Nereidas, permaneció llorándole por espacio de setenta dias. Una tradicion decía que Tétis arrebató de la pira el cuerpo de su hijo para llevarlo á la isla de Leuké, es decir, á la region luminosa, contraposicion del sombrío Hades, y que obtuvo para él la inmortalidad. Poetas hubo que colocaron al héroe en los Elíseos Campos, y dábanle por esposo unos á Ifigenia, otros á Medea, y tambien á Helena, de la cual tuvo un hijo alado, por nombre Euforion.

Aquiles es el héroe de la *Ilíada*, y porque no toma parte en la accion del poema sino en muy pocos cantos, se ha observado que al representar á los Griegos constantemente vencidos á pesar de los numerosos héroes con que su ejército contaba, siempre que Aquiles no peleaba, ha dado Homero más alta idea del valor é importancia de su personaje predilecto que si lo hubiese mostrado en incesantes combates y en contínuos triunfos. Despues de su muerte varios pueblos le honraron como héroe y le tributaron honores divinos: los Lacedemonios le elevaron un templo en Brasia, donde anualmente se celebraba su fiesta. En Tessalia le era ofrecido tambien un sacrificio anual, consistente en dos toros, uno blanco y otro negro, y en libaciones del agua del Sperchio. Las islas de Leuké transformáronse con el tiempo y fueron consideradas como florido elíseo, como hiperbóreo archipiélago y oasis de ventura, donde hallaban feliz asilo cuantos perdían la vida por su patria. Altares, capillas, sagrados bosquecillos se elevaron en la principal y más extensa, y contaba la tradicion que cierto dia en que apacentaba Homero su ganado en las cercanías de la tumba del héroe, dirigióle fervorosa plegaria y prometióle ricas ofrendas para que se dignase manifestarse á él. Y Aquiles satisfizo su deseo, pero se presentó rodeado de tal esplendor que el poeta quedó ciego en aquel mismo instante y no recobró jamas la vista.

Referíase ademas que las Amazonas hicieron un desembarque en la isla de Leuké deseosas de profanarla en odio al nombre y á las hazañas de su vencedor; cuando habían ya obligado á los moradores á llevar sacrílega segur á los venerados árboles del bosque, las segures se volvieron contra los leñadores y les dieron muerte. Exasperadas las Amazonas penetraron á caballo en el templo; mas la sombra del héroe, con el fuego de sus

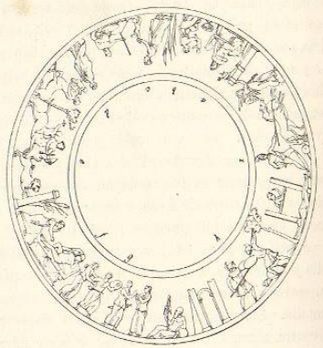

Fig. 661. — Principales sucesos de la vida de Aquiles. (Bajo relieve antiguo).[1]

ojos, asustó á los corceles, los cuales, despues de derribar á sus jinetes, los pisotearon y devoraron, precipitándose luego en el mar, cuyas olas purificadoras subieron hasta el sitio profanado.

[1] *a*. Tétis, reclinada en un lecho, le da á luz;—*b*. La nodriza lava al recien nacido;—*c*. Tétis sumerge á su hijo en las aguas de la Estigia, figurada por una anciana ninfa apoyada en una urna;—*d*. Tétis pone á su hijo al cuidado del centauro Chiron, quien ha de darle la educacion de los héroes;—*e*. El héroe, montado en el centauro, persigue á un leon al que ha herido de un flechazo:—*f*. Aquiles en traje de mujer, se oculta entre las esclavas de Deidamia, hija de Licomedes, rey de Sciros;—*g*. Trata Deidamia de detener á Aquiles, el cual, cogiendo un escudo y una espada se prepara á seguir á Ulises. Este manda á Aquiles tocar la trompeta para más excitar su bélico ardor; —*h*. Agirtes pelea con Héctor, el cual quiere vengar la muerte de su hermano Polidoro tendido á sus piés. A sus espaldas se ve la puerta de Scio y junto á ella el rio Escamandro en figura de un anciano apoyado en una urna con una caña en la mano derecha;—*i*. Aquiles, armado de yelmo y espada, acaba de atar á su carro el cadáver de Héctor; sus caballos van precedidos por la Victoria con palma y corona; en el fondo se ven los muros de Troya, y Príamo, con el gorro frigio, es testigo de la horrible escena.

Famoso es aquel dicho de Alejandro cuando, al meditar la conquista del imperio fundado por Ciro, se detuvo junto al cabo Sigeo, y exclamó: «¡Héroe afortunado! tuviste en vida un amigo fiel, Patroclo, y despues de muerto un divino cantor de tus hazañas, Homero.»

Las gloriosas armas de Aquiles son colocadas en medio del campamento para adjudicarlas al más digno. Ni Diomedes, ni Ayax Oileo, ni los hijos de Atreo, ni tantos otros ilustres capitanes se atreven á pretenderlas; únicamente el hijo de Telamon y el de Laertes confían lo bastante en su valer para aspirar á tan gloriosos despojos. Agamenon no quiere ser quien entre los dos decida, y para no atraerse la malquerencia de ninguno, convocó á los caudillos y les hizo jueces del ruidoso litigio.

»Siéntanse aquellos famosos guerreros y la muchedumbre curiosa los rodea. Levántase Ayax airado, y apoyándose en su inmenso escudo, dirigiendo sus ojos á la armada, por su esfuerzo salvada, dice:

»—¡Oh dioses! imposible parece que á la vista de esas naves sea Ulises quien se ponga en parangon conmigo; él, que no se avergonzó de huir ante las llamas con que las amenazó Héctor, al paso que yo las arrostré, é hice más, las apagué. Componer y pronunciar fascinadoras arengas ofrece sin duda ménos azares que pelear con la espada en la mano, pero en cuanto á mí tengo por tan difícil el arte del bien decir, como lo es para Ulises el del bien obrar, y si aventajo á muchos en valor é intrepidez en las batallas, sobresale él en el uso de la palabra. Sin embargo ¡oh Griegos! paréceme que pocas habré de emplear para explicaros mis proezas, pues todos las habeis visto; cuente Ulises las suyas, que no tuvieron más testigos que él y las nocturnas sombras. Grande es el premio por mí codiciado, lo confieso; pero quien me lo disputa lo rebaja, y por considerable que sea alcanzará Ayax escasa honra en obtenerlo desde el momento en que Ulises lo pretende. ¿Acaso no le basta la gloria que esta contienda le reporta? ¿Quién, despues de su vencimiento, podrá despojarle del mérito de haber sido competidor mio?

»A poder ser mi esfuerzo puesto en duda, cabría en mí alegar el lustre de mi cuna. Hijo soy de Telamon, que junto con el esforzado Hércules tomó á Troya y descendió con los Argonautas á las riberas de Cólchida, habiendo tenido por padre á Eaco, cuyas leyes reciben las sombras silenciosas en la mansion donde empuja Sísifo la pesada peña. El soberano señor de los dioses reconoce á Eaco por hijo suyo y como á tal le proclama, de manera que por mi nacimiento ocupo el tercer lugar despues de Zeus, y sin embargo ¡oh Griegos! si esto invoco es únicamente para hacer partícipe á Aquiles de tan alta gloria. Enlazado con el héroe por estrecho parentesco, al reclamar sus armas no hago más que pedir la herencia de un hermano.

»Pero tú, nacido de la sangre de Sísifo y que por tus artificios y rapiñas eres á él muy semejante, ¿cómo te atreves, cuando de los Eacidas se trata, á declararte rival suyo? ¿Podrán negárseme esas armas á mí, que para ser el primero en acudir á la guerra no hube menester quien me denunciase á los príncipes coligados? ¿Sería posible que de ellas fuese juzgado más digno el

Fig. 662. — Disputa para obtener las armas de Aquiles. (Esculpida en antigua copa de plata).

que se presentó el último de todos, aquel que para evitar los peligros de la guerra se fingió demente, hasta el dia en que, más astuto que Ulises, pero más imprudente, descubrió el hijo de Nauplio la vil estratagema y le arrastró á pesar suyo á la lucha? ¿Las recibirá el que se negaba á venir con nosotros á esta ruda empresa, y me quedaré yo sin ellas privado de un tesoro que me dan los vínculos de la sangre, yo que afronté los primeros peligros? ¡Ah! ¿por qué no harían los dioses que fuese su locura verdadera ó á lo ménos que no descubriesen su falsedad los Griegos, con lo cual jamas ese consejero de delitos habría venido á las riberas de Troya? Entónces, hijo de Pœan, no te habríamos con negra perfidia abandonado en Lemnos, á tí, de quien se dice que oculto en silvestres antros enterneces ahora á las peñas con tus quejas lastimeras é invocas sobre el hijo de Laertes el merecido castigo. Si es cierto que existen dioses vengadores tus ruegos no serán en vano. ¿Quién lo diría? aquel héroe, uno de los príncipes de Grecia ligado con juramentos iguales á los que prestamos nosotros, el heredero de las flechas de Hércules, atormentado por la enfermedad y el hambre, vése reducido á procurarse por medio de la caza algunas aves con que alimentarse, dirigiendo contra los moradores del aire las saetas que por el Hado estaban reservadas contra Ilion! Pero vive aún, y esto lo debe á haberse separado de Ulises. Más le hubiera valido al malogrado Palamedes ser abandonado en alguna desierta isla que llegar hasta estas playas; su existencia duraría aún, ó de haber